

Fray Bernardino de Sahagún

Veinte himnos sacros de los nahuas

Ángel María Garibay Kintana
(versión, introducción, notas de comentario
y apéndices)

Miguel León-Portilla (prólogo)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

280 p.

(Serie Cultura Náhuatl. Fuentes: 2)

ISBN 968-36-4321-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/veinte_himnos/sacros.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Entre las producciones que conocemos de la antigua palabra en náhuatl estos veinte himnos o cantares a los dioses ocupan lugar muy especial. Son ellos expresión de creencias y sentimientos religiosos en los que resplandece el universo sagrado de los nahuas. En su transvase de la oralidad a la escritura alfabética, pues "se decían en los templos y fuera dellos", no hay concepto o palabra que pueda identificarse como interpolación o elemento intruso de procedencia europeo-cristiana. Fray Bernardino de Sahagún, que hizo se pusieran por escrito, los tuvo como inspirados por el demonio y confesó ser incapaz de comprenderlos:

La cueva, bosque y arcabuco donde el día de hoy este maldito adversario [el demonio] se absconde, son los cantares y psalmos que tiene compuestos, y se le cantan, sin poderse entender lo que en ellos se trata, mas de aquellos que son naturales y acostumbrados a este lenguaje. . . (Códice Florentino, libro II, folio 137 r.-v).

La difícil comprensión de ese lenguaje, y tal vez también el temor de que se difundieran en castellano esos "cantares y psalmos que tiene compuestos" el maldito adversario, indujeron al franciscano a abstenerse de cualquier intento de traducción. Dispuso eso sí que sus escribanos indígenas, consultando con los ancianos que le habían comunicado los cantos, pusieran algunas anotaciones o glosas para elucidar el sentido de un cierto número de vocablos y expresiones.

Así quedaron por mucho tiempo estos cantares en los viejos papeles de Sahagún. Por una parte, se conservaron con las referidas notas en el que hoy se conoce como Códice Matritense del Real Palacio. Por otra, sin anotación alguna, pero siempre con la mención del demonio, fueron incluidos en el otro manuscrito más completo, el llamado Códice Florentino, de la Biblioteca Medicea-Laurenziana. Y debe subrayarse que, aun cuando en este último

códice ofreció fray Bernardino una paráfrasis en castellano de los textos en náhuatl que integran los doce libros del mismo, no aplicó tal procedimiento a los cantares.

Más de tres siglos transcurrieron hasta que alguien intentó por vez primera traducirlos a una lengua europea, que por cierto no fue el castellano. Esta tarea habría de realizarla más tarde Ángel María Garibay K., con amplia introducción y copiosos comentarios. Con este trabajo, aparecido en 1958, dio él inicio a sus aportaciones como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Dos versiones de estos cantares, una al inglés y la otra al alemán, antecedieron a la de Garibay al castellano. Quienes las prepararon tuvieron acceso a los manuscritos conservados en el Real Palacio en Madrid, desde algunos años antes de que don Francisco del Paso y Troncoso publicara una edición facsimilar de ellos en 1906-1907. Fue el norteamericano Daniel G. Brinton, estudioso de varias lenguas indígenas y atraído en especial por el náhuatl, quien tomó la delantera. Como para dignificar o ponderar lo que eran estos cantares los presentó bajo el título de Rig Veda Americanus (Filadelfia, 1890). Tanto Eduard Selser, que pocos años después ofreció su versión alemana de ellos, como Garibay en este libro, hicieron crítica de la versión de Brinton. Notó Garibay que

hay en su reproducción varios errores de transcripción. La verdad es que la versión que da es bastante deficiente. . . De hecho poco sirve para captar el sentido de la remota poemática, pero es un laudable esfuerzo. (En la presente edición, p. 22).

Mucho más acucioso y profundo conocedor del náhuatl y la cultura del México prehispánico, Eduard Selser dio a conocer su traducción al alemán con amplio estudio y numerosas anotaciones de los que intituló "Die religiösen Gesänge der alten Mexikaner" (Los cantos religiosos de los antiguos mexicanos). Su obra apareció originalmente en el volumen II de sus Gesammelte Abhandlungen (1904, p. 959-1107), es decir del conjunto de sus estudios, artículos, ponencias y otras contribuciones. Con objetividad y muy gran admiración y simpatía, ponderó Garibay y tomó en cuenta lo aportado por Selser. De él, como en resumen, expresó:

Es sin duda el trabajo más serio que se ha hecho de estos poemas. Como toda obra de hombres, tiene sus defectos pero quedan opacados por sus grandes aciertos. (En la presente edición, p. 24).

Quien formuló esta apreciación hubo de reconocer cuán lamentable era que estas composiciones nahuas de primerísima importancia sólo se hubieran traducido al inglés y al alemán y no a la lengua hablada por la mayoría de los mexicanos y por muchos otros millones de personas en el nuevo y viejo mundos. Cual si se sintiera responsable de preparar la requerida traducción al castellano, dedicó desde los años treinta muchas horas de estudio a estas producciones. Un primer intento de versión lo ofreció en su Poesía indígena de la altiplanicie (1940), incluida en la meritoria Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM.

Trabajo, fruto maduro de otros años de empeño, fue el que tenemos a la vista, el cual, como ya dije, marcó el inicio de sus publicaciones en este Instituto. Formando parte de la serie "Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl", desde el mismo título del libro, señala certeramente lo que está presentando. Son los Veinte himnos sacros de los nahuas. "Los recogió de los nativos fray Bernardino de Sahagún". Y añade que ahora "los publica en su texto con versión, introducción, notas de comentario y apéndices de otras fuentes Ángel Ma. Garibay K."

Bien cumplió él con lo enunciado como podrá verificarlo quien lea y estudie lo que en este libro se contiene. Su trabajo ha resistido el paso del tiempo y continúa siendo aprovechado y múltiples veces citado. Éste y el de Selser no sólo son obras pioneras sino también de importancia básica para acercarse a estos testimonios primarios y de incuestionable antigua procedencia. Los veinte himnos sacros, al lado de otros textos como las oraciones a Tezcatlipoca y a Tláloc en el conjunto de los Huehuehlahtolli que recogió el mismo Sahagún, constituyen fuentes invaluable para el estudio de la religión y visión del mundo nahuas.

Tras describir en su Introducción las características del manuscrito en que se hallan estos cantares, discurre Garibay acerca de su origen, sus peculiaridades léxicas, las anotaciones o glosas que hay en él, así como sobre la razón de su trabajo y los apéndices en que incluyó otras composiciones afines. En la parte central de su obra nos da su esmerada paleografía de los cantares y las glosas, acompañada de su traducción al castellano. De ésta expresó con gracia y tino:

Ninguna versión de textos, de cualquiera lengua o cultura que sea, en especial los textos antiguos, tiene la pretensión de eliminar los problemas de oscuridad que entrañan los textos mismos. Es imposible, por ejemplo, dar una versión de los salmos hebreos o de los himnos védicos, que sean tan diáfanos para el lector co-

mo puede serlo el artículo del diario que leyó en la mañana. Y digo más: una versión que elimina toda oscuridad es sospechosa de falsa. (En la presente edición, p. 26).

Justamente, como él mismo lo señala, para “aliviar esta oscuridad”, adiciona a cada traducción un amplio comentario lingüístico, filológico e histórico. En él, la gran mayoría de los vocablos y frases que lo requieren son objeto de pormenorizadas elucidaciones. Sus comentarios constituyen así nueva aportación para el conocimiento de la religión de los pueblos nahuas. Estos himnos o cantares “con que hacían reverencia” a sus dioses principales, son en sí mismos portadores de múltiples connotaciones acerca de sus atributos. Volverlas comprensibles acudiendo a otros testimonios —códices, hallazgos arqueológicos, diversos textos en náhuatl y referencias proporcionadas por cronistas del siglo XVI— fue el propósito con que Garibay elaboró sus comentarios.

Por todos estos merecimientos, con buen acuerdo se ha decidido volver a publicar este libro y otros también de rico contenido, al conmemorar este año (1995) el primer cincuentenario del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. La figura y la obra de Ángel María Garibay K. se nos tornan aquí una vez más presentes. Citando sus palabras a propósito del trabajo de Eduard Seler, diré también del suyo que, como toda obra de hombres podrá tener sus defectos, pero “éstos quedan opacados por sus grandes aciertos”. A la distancia de cerca ya de tres décadas de su partida en 1967, continuamos beneficiándonos de lo mucho que nos dejó. Si con esta reimpresión de su trabajo sobre los Veinte himnos sacros se torna éste de nuevo asequible en provecho de muchos, también con ella se rinde homenaje a la memoria de quien fue universitario y maestro ejemplar.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA